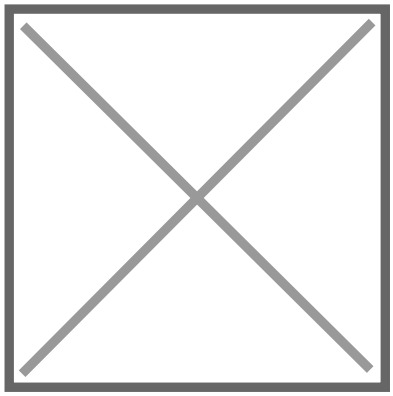

3004 AAK 000185133

LA SEGUNDA
Lunes 3 de Junio de 1991

REVISTA de PRENSA

7

Retrato y autorretrato de Victoria Ocampo

Victoria Ocampo

Pocas personas pueden infligirnos su autobiografía sin condenar a los lectores al hastío. Victoria Ocampo escribió la suya en seis tomos y los seis tan interesantes. Materiales tuvo de sobra. Para empezar, ella misma, todo un carácter de esos de los que la frase vulgar dice que después se rompió el molde. Y para terminar (cómo eludir la fatalidad de la cita de Ortega), las circunstancias en las que le tocó vivir a lo largo de casi un siglo, y qué siglo ágil y tornadizo como una veleta azotada por los vientos fuertes de la Melpómene de don Arturo Capdevila.

A la autobiografía en seis tomos hay que agregar otra en seis mil páginas sueltas (es un decir, seis mil), que son las cartas que envió a medio mundo, cartas que, desde la caligrafía hasta el estilo y desde el léxico hasta las reflexiones van pintando el retrato espiritual de una mujer que, como las obras de arte, despierta todas las reacciones, incluida la pasión de la envidia, todas, salvo la indiferencia.

A la autobiografía en seis tomos y a la otra en seis mil páginas sueltas se añaden las diez series de testimonios que Victoria Ocampo rindió por escrito y en público sobre lugares, hechos y personajes que conoció, que presenció y que vivió. Puesto que, como decía Sancho Panza, quien descubre, se descubre, estos testimonios delatan una personalidad siempre admirable, siempre respetable, aun cuando contrarie nuestros propios gustos, nuestros propios juicios y prejuicios, si es que los tenemos a propósito de los incontables objetos de sus testificaciones, expuestas todas en el tono de la franqueza más convincente, que fue su tono habitual, al punto de que ya es un lugar común decir que Victoria Ocampo no tenía pelos en la lengua.

De todo esto se deduce, me parece a mí, que nadie que no haya pertenecido al círculo íntimo de Victoria Ocampo está en condiciones de retocarle ese vasto autorretrato. Pero de cualquier modo es bueno que alguien, inspirándose en él, pinte un retrato de dimensiones más modestas, al alcance de todas las miradas, porque no todo el mundo dispone de tiempo y de ganas para recorrer los seis tomos de la autobiografía y las diez series de testimonios, ni podría, aunque lo quisiese, consultar el inmenso epistolario. Y sería una lástima que mucha gente se perdiese la oportunidad de saber quién fue Victoria Ocampo in nuce, y no por referencias de terceros o a través de idealizaciones hagiográficas o de caricaturas rencorosas. Pues Victoria Ocampo fue, es una de esas figuras de las que podemos decir lo que decimos de ciertos libros: si los ignoramos, peor para nosotros.

De modo que, si no tenemos la posibilidad de pintar nuestro propio retrato de Victoria Ocampo (retrato, digo, y no dos o tres rasgos, su vida, digo, y no anécdotas o chismes, y en cambio si tenemos buena fe y decencia, lo mejor será plantarnos frente al vasto autorretrato, seguros de que no estaremos mirando un fraude, y extraer de él las formas, las tonalidades y las perspectivas. Es lo que ha hecho María Esther Vázquez.

Con su estilo mozartiano, con su escritura tranquila y delicada condensa en doscientas páginas la dilatada, rica y apasionante autobiografía de Victoria Ocampo, le agrega algún poco material extra y, cediendo a las tentaciones de su admiración, arrima uno o dos recuerdos personales, ligeras impresiones propias que son, menos que pinceladas, la firma del retratista en un ángulo del cuadro. Claro está, ha tenido que forzarse a síntesis despiadadas, a omisiones no siempre perdonables (cómo las de los Ferrero y de María Elena Walsh) y prescindir de la mayor parte del epistolario en poder de quienes le habrían facilitado la consulta. Pero cuando se dispone de sólo doscientas páginas para una biografía que, como la de Proust, requiere por lo menos el triple, hay que apechugar.

No importa: quienes conocieron a Victoria Ocampo en vida la reconocerán en este breve retrato. Y quienes no la conocieron tienen ahora la ocasión de acercarse a ella y de contemplarla, por una ilusión mental, en pleno movimiento de su espléndido carácter, en plena danza de su espíritu, para el que fue creado, en el país de los sobornos, el adjetivo "insobornable". (Retrato y autorretrato de Victoria Ocampo. María Esther Vázquez. Ed. Planeta. 239 págs.)

("La Nación", Buenos Aires)

Retrato y autorretrato de Victoria Ocampo [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Retrato y autorretrato de Victoria Ocampo [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile